Siguiente

Antoniorrobles

CUENTOS DE LOS JUGUETES VIVOS

Portada y dibujos de Ramón Gaya

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)
Puerta del Sol, 15 Ronda Universidad, 1 Florida, 251
MADRID BARCELONA BUENOS AIRES

Algunas opiniones acerca de los cuentos infantiles de Antoniorrobles

Es el primer escritor infantil: incluso en el sentido del único. Pero por muchos que vengan detrás es difícil que le oscurezcan.—*Ramón Pérez de Ayala.*

Bienamado sea de los niños, que bien lo merece por haber puesto su talento al servicio de la edad bienaventurada.—*Antonio Zozaya.*

Recoge la ternura sencilla y clásica de Andersen y la nueva y compleja de Tagore.—*Cristóbal de Castro.*

Manejando imágenes de poeta, un joven escritor de entre nosotros —Antoniorrobles—ha escrito un libro que le ha granjeado un amplio círculo de pequeños lectores.—*R. Cansinos Assens.*

Los chicos se lo disputan, y nosotros, los profesionales de la pluma, admiramos el ingenio y la ternura, la comprensión...—*Federico García Sanchiz.*

Hoy, el niño español cuenta con un gran cuentista a la altura de su sensibilidad vigente.—*E. Giménez Caballero.*

Antoniorrobles, hablando a los niños, sí que puede preparar una generación de hombres para España.—*Dionisio Pérez.*

La dedicación de su excelente talento literario a escribir historias infantiles la encuentro de lo más plausible...—*José María Salaverría.*

Creo que puede llegar a ser el Perrault de la literatura española.—*Diego San José.*

Su magia es de magnífica cepa.—*M. Pérez Ferrero.*

Porque Antoniorrobles no se acerca a los niños con tono pedagógico, sino simplemente jugando.—*Salazar y Chapela.*

DEDICACION

A Torcuatito Luca de Tena y Brunet en sus nueve años de hoy, cuando se inicia su íntimo halago de adivinar el gran respeto que ha hecho centro a su padre, entre cuyas virtudes me corresponde a mí afirmar que se cuenta un alto ejemplo de nobleza frente a los hombres de las ideas contrarias

Antoniorrobles

DEDICACION PARA LOS JUGUETES

A las canicas de cristal con venitas de todos los colores, que están llenas de ingenuo misterio y gracia viva.—*Aerre.*

El Escorial, 1931

1

Automóviles audaces que de morir son capaces

1

Allá, en una gran isla no muy lejana de América, que dicen se llama Villasonar de los Motores, y que es un poco más chica que España, con forma redonda, pero con picos como una sombrilla vista desde arriba, un caballero llamado Don Manolito Cascapiñas llegó a tener una gran fábrica de automóviles en serie, que llamó poderosamente la atención.

Era de aquella marca que en el tapón del radiador llevaba un soldado de plomo, de caballería, y los faros se distinguían de los demás en que daban una luz un poquito para dentro, como unos ojos bizcos.

Eran ligeros, cerrados, aplataditos y de dos asientos.

* * *

Como era una fábrica de automóviles en serie,

Anterior Inicio Siguiente

cada obrero estaba especializado en una sola cosa. Y, por consiguiente, éstas eran las obligaciones de algunos obreros:

Uno ponía un determinado tornillo.
Otro probaba las bocinas.
Otro limpiaba el sudor de todos.
Otro limpiaba la rodilla a los que se tenían que arrodillar.
Otro guiñaba un ojo para atinar a meter un pibote.
Otro se encargaba de colar ese pibote.
Cuando alguno se machacaba un dedo, otro estaba sólo para quejarse.
Otro no tenía que hacer más que tocar los neumáticos a ver si estaban inflados.
Y así, hasta doscientos.

De este modo daba gusto, porque llegaba un comprador, quería un *auto,* y si acaso no había ninguno hecho, *míster* Cascapiñas tocaba un pito, y aunque estuvieran los obreros merendando o ju-

gando al fútbol, venían corriendo, se colocaba cada uno en su sitio, porque cada uno tenía su nombre en un redondel del suelo, armaban un coche en un minuto de reloj, y seguían luego con su bocadillo de jamón o su balón de fútbol.

Entonces el comprador se sentaba en el *auto*, se dejaba caer en el asiento dos o tres golpes para darse cuenta de que aquello no era un sueño, y emprendía veloz carrera, entusiasmado con el recién nacido.

* * *

Pero llegó una tarde en que, al retirarse los doscientos obreros, que por cierto se iban jugando a pegar pataditas a un bote vacío, dejaron siete coches terminados en una de las espaciosas naves de la fábrica.

Eran siete coches nuevecitos, todos hechos aquel mismo día, y, por consiguiente, unos niños; lo que se dice unos chiquillos.

Entonces uno de los siete preguntó a sus compañeros:

—¿Y adónde se llevaba ese hombre desconocido a nuestro querido hermano?

Se referían a uno que había sido vendido.

—No lo sabemos—le contestaron los demás un poco tristes.

Pero andaba también por allí un automóvil viejo, que habían traído para arreglar, y ése fué el que les sacó de dudas.

—Es que le han comprado—les dijo, y continuó así—: Nosotros los *autos* somos esclavos del hombre. Nos hace andar precisamente todo lo que él tiene obligación de caminar y a veces más; nos frena cuando quiere, nos deja a la puerta de los bares, sin siquiera darnos un terrón de azúcar... y, en ocasiones, hasta nos estrella o nos deja que nos atropelle el tren... Creedme que esto es horrible, compañeros.

—¡Oh, pues eso no debe ser!—dijo uno de los *autos* jóvenes—. Yo estoy dispuesto a estrellarme por mí mismo, antes que ser esclavo de nadie...

—No, no tanto—añadió otro—. Yo quiero ver mundo. Pero quisiera verlo sin hombres en mis lomos... ¡libre!

—En eso tienes razón—dijeron los demás.

Total, que se fueron animando, y decidieron hacer una escapatoria, aunque tuvieron que dejar allí el coche viejo, que por la rotura de una pieza no podía moverse.

Bebieron gasolina, colocándose en el sitio preciso esa trompita de elefante de los surtidores, dió uno de ellos unos topetazos a la puerta, hasta que la abrió del tercer golpe, y antes de las doce de la noche salieron todos ellos.

* * *

Era precioso... Daba gusto verlos pasar de uno en uno por las carreteras blancas, en aquel nocturno de Luna hermosísima.

La Luna estaba saliendo, y se les vió pasar precisamente por delante de ella: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete coches.

Y vieron paisajes, ciudades, fuertes revueltas, túneles, trenes, ríos con Luna, rebaños, perros vagabundos, caminitos a la orilla del mar, serenos con farol, barquitos lejanos... y hasta árboles ter-

minados en punta, que en la noche parecían fantasmas.

* * *

Lo malo fué que al amanecer ya sabía *míster* Manolito Cascapiñas el suceso, y los gendarmes de carreteras de toda la isla, que eran como guardias civiles, pero con cascos y plumas, andaban ya a la busca de los siete cochecitos jóvenes, que recorrían Villasonar de los Motores conducidos por ellos mismos.

No les bastó a los guardias de a pie el esconderse entre rocas o árboles del camino, y tirar. Los *autos* pasaban a toda velocidad, y apenas les tocaban las balas; sólo recibían heridas sin importancia en la carrocería.

* * *

Pero de pronto, y antes de que saliera el Sol, comenzaron los clarines de la Caballería a sonar de un modo amenazador. Y entonces llegaron nue-

vos gendarmes, galopando en sus caballos blancos y envueltos en el polvo de la carretera.

Al advertirlo los traviesos cochecitos soltaron todos los gases y emprendieron velocidades espantosas, enormes, que hacían temblar de miedo a los arbolitos tiernos de los lados... Pero eran coches tan jovencillos, que como no tenían picardía ni experiencia, se azoraron, y unos se escapaban por un camino, otros por otro... y quedaron todos desperdigados.

Algunos de los lectorcitos preguntarán que por qué no salieron los automóviles de la gendarmería, que correrían más que los caballos, ¿verdad?... Pues no salieron, porque al ver que se trataba de luchar contra compañeros, se hacían los descompuestos, vertían por debajo toda la gasolina o soplaban todo el aire de un neumático, como si estuvieran pinchados.

Este acto de compañerismo fué bastante elogiado por la gente.

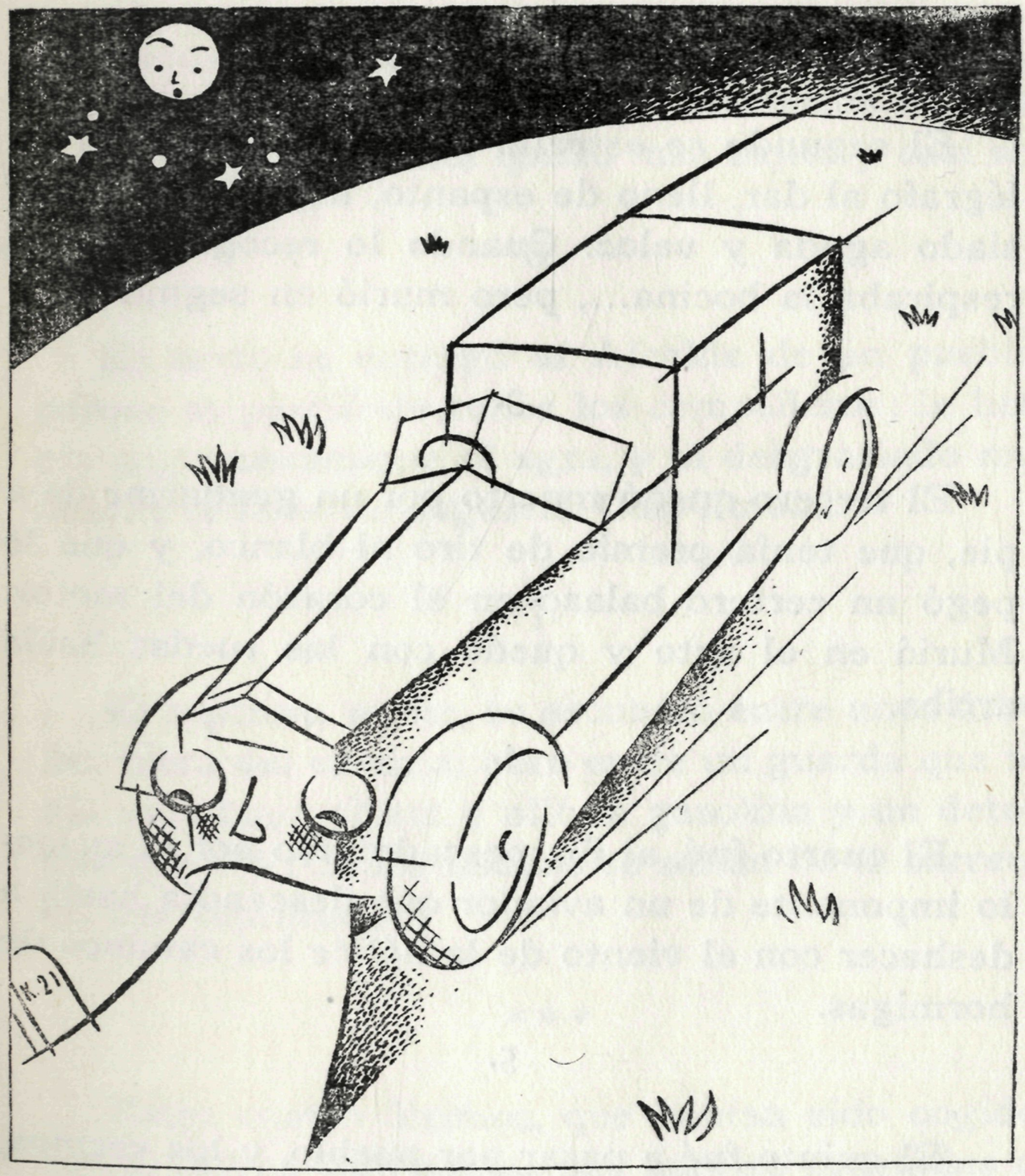
* * *

Los tiros y las persecuciones fueron tan imponentes, que llegó un momento en que la enorme isla de Villasonar de los Motores, grande casi como la Península Ibérica, estaba toda pendiente de los siete *autos* rebeldes. Y es que, de pronto, en los pueblos más insospechados, veían pasar por la carretera alguno de los coches, y dos guardias de a caballo detrás, con las plumas al viento y pegándole tiros; o bien un aeroplano audaz, pretendiendo pescarle sobre la marcha con unos ganchos de hierro.

La cacería se llevó a cabo con tanta intensidad y acometimiento, que los siete tiernos automovilitos terminaron su aventura de las siguientes maneras:

I.

El primero se tiró al mar, al verse perseguido de cerca por un avión que hacía mucho ruido sobre su cabeza. El pobre *niño* ni sabía siquiera lo que era eso.



2.

El segundo se estrelló contra un poste del telégrafo al dar, lleno de espanto, una vuelta demasiado aguda y veloz. Cuando lo recogieron, aún respiraba la bocina..., pero murió en seguida.

3.

El tercero quedó muerto por un gendarme de a pie, que tenía premio de tiro al blanco, y que le pegó un certero balazo en el corazón del motor. Murió en el acto y quedó con las ruedas hacia arriba.

4.

El cuarto fué, al fin, pescado vivo por el anzuelo imponente de un aviador que descendía hasta a deshacer con el viento de la hélice los caminos de hormigas.

5.

El quinto fué a pasar por pueblo, y los vecinos,

enterados por el telégrafo de que se dirigía hacia allí, le pusieron tachuelas. Se le pincharon las cuatro ruedas, con lo cual quedó más bajito y casi sin movimiento.

6.

El sexto se entregó al Alcalde de un pueblo, porque se perdió de todos los compañeros; le hervía angustiosamente el agra, y el desgraciado *muchacho* se llenó de angustia. Casi lloraba.

7.

El séptimo, en fin, se escondió entre unos árboles, fuera del camino; pero entre un guarda que tenía muy buen olfato y olió la gasolina y un detective que vió que las huellas se salían de la carretera, fué capturado.

* * *

Estos cuatro últimos, que habían sido cogidos vivos, fueron conducidos por parejas montadas de

la guardia, tirando de cada *auto* rebelde los dos caballos y llevando los gendarmes sus escopetas encañonadas hacia atrás, por si acaso.

Pero antes habían puesto grillos a no se qué dos piezas de cada motor, para que no se pudieran mover por su cuenta. Iban, por consiguiente, como esos presos a los que les ponen los grillos en los dedos pulgares.

Así se encaminaron hacia la fábrica de Don Manolito Cascapiñas, que estaba en la capital de Villasonar de los Motores, y por consiguiente, en medio de la isla.

Llegaron a la fábrica, y en ella entraron las cuatro parejas con los cuatro detenidos. Y en ella los dejaron, con cadenas que les ataban las ruedas a unas argollas de la pared.

El *auto* viejo y roto los vió entrar con pena, y los consoló desde lejos con la mirada de sus faros, aunque estuvieran apagados y fueran algo bizcos.

* * *

Por las noches, en medio del silencio, los cua-

tro rebeldes contaban a los coches nuevecitos la aventura, y en todos ellos, ingenuos como recién nacidos, nacía un gran odio hacia los automovilistas, que por lo que oían les compraban como si fueran esclavos.

Uno de los cuatro aventureros contaba, por ejemplo:

—Venía detrás de mí aquel aeroplano tan sonoro, que yo tenía que tragarme la carretera a una velocidad imponente...

—¿Pero es que las carreteras se comen?—preguntó un infeliz novato.

—No, jovencito, no. Lo que quiero decir es que corría por ellas, que las pasaba de prisa y las perdía de vista por debajo de mis ruedas...

* * *

Quedáronse, al fin, dormidos los coches.

Y he aquí que a la noche siguiente, cuando se fueron los obreros, el *auto* rebelde al que habían preguntado ayer que si las carreteras se comían, dijo a todos, con voz baja de conspirador:

—Aquella pregunta que anoche me hizo este compañerito, me ha dado una idea. Os la explicaré cuando me sepa bien el mapa.

En efecto; de la pared, como en casi todas las casas de automóviles, colgaba un mapa con todas las carreteras de la isla de Villasonar de los Motores.

Eran treinta camiones que salían de la capital, que, como dijimos antes, estaba en el centro, y unas veces por derecho y otras con pequeñas curvas, eses y zig-zás, se esparcían por todos lados hasta los treinta puertos de mar.

* * *

Todos esperaban lo que la imaginación de aquel *auto* estuviera resolviendo. Y una noche en que había cien cochecitos, todos iguales, en las amplias naves de la fábrica, subió por una rampa al tablero donde los pesaban, y habló así:

—¡Compañeros! ¡Abajo nuestra triste esclavitud! ¡Abajo las carreteras, que son el vértigo del hombre!... Es necesario que los treinta *autos* jó-

venes más valientes, audaces y decididos, que no les importe dar su vida por salvar a todos los automóviles en general, salgan esta noche de aquí, por las treinta distintas carreteras. Que nada más salir emprendan buenas velocidades y que vayan comiendo con verdaderas ansias las carreteras. Pero, entendedme bien, compañeros: que no sea eso que hacemos todos de coger la carretera por delante, atropellarla e irla dejando atrás, como si nada la hubiera pasado; no, no es eso lo que hay que hacer. Esos treinta valientes deben comérselas, tragárselas, sin dejar absolutamente nada... ¿Comprendéis, compañeros?

—¡¡Sí...!!—exclamaron todos.

—¿Hay quien esté decidido?—les preguntó en seguida.

—¡¡Sí...!! ¡¡Yo...!!—le gritaron a coro todos ellos.

Entonces hubo que sortearlos, por el número distinto que cada coche lleva en el motor.

Y les tocó a treinta.

* * *

Había que verlos estudiando el mapa y repartiéndose los caminos:

—Este es para mí...

—Ese otro para mí...

—Y para mí este otro...

Por fin quedaron conformes los treinta.

Y he aquí que a las doce de la noche dió tres toques la bocina del rebelde que los había revolucionado. El primer coche abrió de un fuerte topetazo la puerta, encendieron sus faros bizcos y emprendieron todos la marcha.

Salieron uno, dos, tres... ¡hasta los treinta! Y cada uno cogió su carretera a buena velocidad, comiéndose el camino de tal modo, que detrás de cada uno iba quedando solo campo, campo, campo... igual que estaría al principio del mundo, que ni senderitos se conocerían, seguramente.

Se tragaban las carreteras igual que esos prestidigitadores que empiezan a comerse una cinta que no se acaba nunca.

* * *

Al amanecer, los treinta *autos* audaces, sin dejar sus buenas velocidades, llegaron a los treinta puertos, y ya estaba bien decidido lo que habían de hacer: sacrificarse sin parar. Sin detenerse, pues alguien les podía perseguir, se arrojaron todos ellos al mar, y quedaron ahogados en el fondo, cada uno en sitio distinto y con una carretera arrollada en su estómago.

Habían cumplido sus palabras lealmente y heroicamente...

* * *

Cuando la nación entera de Villasonar de los Motores despertó, se encontró toda ella vacía de carreteras. ¡Ni una sola quedaba!

¡Oh, cuánto llanto, lo mismo de los niños que de los mayores, hombres o mujeres!... ¿Cómo rehacer ahora la obra de tantos caminos, que había costado años y años, y hasta siglos y siglos?...

¡Qué pena daba ver toda una gran isla, casi tan grande como España, sin una sola carretera!... Todo era monte salvaje. Y nadie sabía ir

de un pueblo a otro, y a los niños se les llenaban los calcetines de pinchos, porque tenían que caminar por el campo reseco.

* * *

Pero no fué mucho el daño, pues un buzo, metido en su traje de grandes ojos de cristal, fué recorriendo por el fondo la orilla completa de la isla, que era redonda y con picos, como la tela de una sombrilla abierta. Y donde encontraba uno de los treinta *autos* ahogados, lo abría el vientre con un hacha afiladísima, y cuando tenía el coche abierto en dos pedazos como la cáscara de las langostas, le sacaba la carretera, que iba hecha un carrete, y la mandaba a la superficie, a una lancha que le acompañaba y le remitía el aire por un tubo para que respirara a gusto.

Después seguía dando la vuelta a la isla, en busca de otro automóvil, hasta encontrar, poco a poco, los treinta.

Pero lo más importante fué lo que se le ocurrió al Gobernador, y es que contrató a dos criados

del circo, especialistas en extender las alfombras largas de los saltarines, y en menos de un día colocaban cada una de las carreteras; por manera que antes del mes estaba otra vez toda la red de caminos, habiéndola dejado entre los dos exactamente igual que estaba antes de ocurrir lo de los *autos* rebeldes.

Desde entonces *míster* Manolito Cascapiñas hace sus automóviles en serie con mejores ballestas, con objeto de que no sufran, y ha inventado una pieza para que no se hagan daño cuando suena ese ruido que arma al cambiar de velocidad. Con eso los cochecitos están algo más contentos, y no ha vuelto a haber huelgas de *autos*.

Y lo curioso es que los dos criados, cuando salen con sus medias y fraques rojos a la pista, todo el pueblo los aclama agradecido.